

¿La salida del infierno?

Sealtiel Alatríste

11 de febrero de 1963:
la poeta norteamericana
Sylvia Plath, se suicida en Londres
a la edad de treinta años.

Varios años antes de quitarse la vida, Sylvia Plath atribuyó al personaje narrador de su poema *Lady Lazarus*, una sentencia que quizá resume su forma de ver la vida: “Agonizar es un arte, como todas las cosas importantes. Yo lo hago excepcionalmente bien. Se siente como un infierno”. Detrás de su aparente felicidad, de su tenacidad académica, de la entrega a su familia y el oropel de ser una poeta de prestigio (y estar casada con uno de los poetas más famosos de su tiempo, Ted Hughes), Sylvia había vivido encerrada en la sensación de que no estaba preparada para vivir, que cada día le ponía enfrente tareas que era incapaz de comprender y mucho menos llevar a cabo. Le había tocado ser protagonista involuntaria del movimiento de liberación de la juventud norteamericana —con el *rock and roll* enloqueciendo al mundo y Marilyn Monroe trastornando la ingenuidad de la chica del Medio Oeste norteamericano por haberse convertido en el símbolo erótico de su tiempo— sin apenas comprender el vértigo que la rodeaba. En otro famoso poema, *Sheep in fog*, había anunciado que su búsqueda poética en vez de llevarla a un cielo sin estrellas y sin padres, la sumiría en un lago de aguas oscuras. Esas aguas oscuras son precisamente el tema que subyace en *Lady Lazarus*, en el que la Plath, como el lector puede anticipar, se compara con el personaje bíblico que resucitó Jesucristo (y con un gato de siete vidas por delante) porque



Sylvia Plath

había sido resucitada de tres intentos de suicidio. Sin embargo, el poema es también un acto de venganza (¿no es el suicidio un acto de venganza informe y cruel?) contra el ego masculino, que desvela parte de la miseria que la embargaba: *Out of the ash, I rise with my red hair and I eat men like air*.

Exponente de las mujeres regidas por el signo de escorpión, Sylvia Plath hizo un primer intento de suicidio a los veintiún años, después de haber llevado a cabo una terapia de electrochoques. Pocos años después, el movimiento *hippie* acuñaría la frase emblemática de los años sesenta; “Desconfía del mayor de treinta años”. El suicidio final de la poeta anticipaba de una forma siniestra la cifra encerrada en esta desconfianza: apenas cumplida la treintena, Sylvia decidió darse el último aguijónazo: metió la cabeza

en un horno de gas y ahí estuvo hasta que perdió la vida. Su larga, dolorosa y oculta agonía terminó en el tono equívoco de varios de sus poemas que parecen evocar un sueño delirante, remoto e impersonal que nos trae el mensaje desesperanzador de los habitantes de un planeta distante.

Sylvia Plath había perdido a su padre en su temprana adolescencia, y en un enroque sentimental, típico de los de su sino y signo, transformó la fuente de su dolor en el estímulo de su ambición. Sus años de estudiante en Smith College estuvieron marcados por el deseo de alcanzar el éxito literario para resarcir a su madre de la pérdida de su esposo, y quizás obtener para sí el reconocimiento tardío que esperaba de su progenitor. Resulta curioso, por decir lo menos, que la habilidad que

demonstró para ir puliendo paulatina y morosamente su lengua poética fuera a contramano con su habilidad para manejar sus sentimientos. Alta, bella, rubia, de ojos claros y melancólicos al centro de un rostro eternamente sonriente, vestida a la moda de la época —con falda tableada, tobilleras blancas, y el suéter abierto sobre una camisa de algodón— ocultaba su muy escasa autoestima detrás del apetito por nuevas experiencias, y un desenfado muy a la época para hacer el amor. La calidad de sus poemas juveniles fue reconocida y publicó con facilidad no sólo en revistas universitarias sino en el *Harper's magazine*, la publicación emblemática de la vanguardia literaria del medio siglo. Y por si esto fuera poco, obtuvo el puesto de poeta invitada en la famosa revista *Mademoiselle*.



Este éxito tan juvenil como fulgurante la llevó a matricularse en la Universidad de Cambridge, donde conocería a su futuro marido, Ted Hughes, en la presentación de la revista *St. Botolph's*. Al día siguiente Sylvia apuntó en su diario: "He gritado dentro de mí pensando que quiero golpearme, pelear contigo". Quizás había encontrado al hombre destinado a reconocer la valía poética que la muerte de su padre había dejado en suspenso.

La pareja se convirtió en el símbolo de la nueva generación de norteamericanos exiliados en Inglaterra, y si no fueron más conocidos fue porque en 1956, el año de su matrimonio, Elvis Presley había cambiado el rumbo de los gustos juveniles a lo largo y ancho del mundo cantando *Don't be cruel* y *Hound dog* al ritmo de las contorsiones de sus rodillas y caderas.

El glamur de su matrimonio se vino abajo cuando en septiembre de 1962 Sylvia

decidió separarse de Hughes y se mudó a un departamento de Londres. Las sospechas de sus continuas infidelidades no la dejaban vivir y prefirió huir a seguir sintiendo una fuente de infelicidad mayor que la soledad. Muchas veces la imaginó en su pequeño apartamento, observando a su hija Frieda que juega a unos metros de ella. Tiene en los brazos al recién nacido Nicolas, y las galeradas de su novela, *The bell jar*, la esperan sobre la mesa del comedor. Su poesía había lidiado con la efímera felicidad de infancia, con la emoción de estar embarazada pero, como hizo notar Phillipe Larkin, cada poema evidenciaba su neurosis, enfermedad, muerte, horror, pánico a vivir. La novela que aparecería unos meses después daba rostro a lo que había ocultado con sus versos. Ahí estaba su única novela, esperándola, ya escrita, pronta a publicarse: la campana de cristal

a punto de romperse, la vida cotidiana que se desmorona, la familia que ha perdido el sentido, el éxito como símbolo de la inutilidad de la ambición. ¿Qué le quedaba? Se dice que algunas noches visitaba a su vecino del piso de abajo, que se quedaba parada en la puerta esperando que él le abriera, y que el viejo, tentado quien sabe por qué presentimiento, salía para verla iluminada por la mugrienta luz de la bombilla del pasillo. Ella no decía nada, lo saludaba, alguna vez entró a tomar una taza de té, pero en casi todas las ocasiones sólo le deseaba buenas noches. El último día de su vida hizo lo mismo, fue a buscarlo como cifra del adiós. ¿Qué le quedaba? Nada, regresar a dormir a los niños como siempre, lavar los platos de la cena, y abrir de una vez y para siempre la puerta del horno de gas. ¿Habría creído que ahí estaba la salida del infierno? **U**

Sylvia Plath había perdido a su padre en su temprana adolescencia, y en un enroque sentimental, típico de los de su sino y signo, transformó la fuente de su dolor en el estímulo de su ambición.